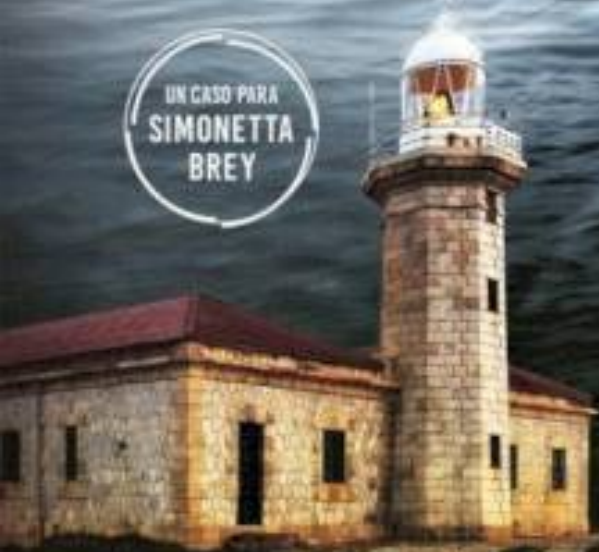


ROSA BLASCO

Premonición

La isla de Menorca es el lugar
perfecto para ocultar secretos

UN CASO PARA
SIMONETTA
BREY



Simonetta Brey, una joven y prestigiosa forense, recalca en Menorca invitada por el comisario Darío Ferrer, antiguo compañero y también amante, para acortar una pena de prisión que está cumpliendo por un turbio delito. La condición es resolver una serie de asesinatos cuyas víctimas son médicos jubilados. Para cumplir el encargo, se instala como médico de familia en la isla y oculta su verdadera profesión. A medida que avanza en las investigaciones, descubre la belleza de la isla, establece lazos de amistad con un grupo de gente singular e inicia una relación sentimental con un atractivo hombre de negocios. Sin embargo, alguien la vigila y la acecha hasta en su propia casa.

Índice

Escenarios de la novela

Menorca, Baleares

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Agradecimientos

*A mis amigas Pili Carela, Tere Ginés y
Tere González, en recuerdo de aquellas
venturosas tardes de viernes, cuando
salíamos de la biblioteca del colegio
con un libro de Enid Blyton bajo el
brazo. Todo empezó allí.*

Escenarios de la novela

Menorca, Baleares

1

LA ISLA, DESDE lo alto, desde la silenciosa inmensidad del cielo nocturno, semejaba una rutilante luciérnaga en medio de las tenebrosas aguas marinas. Los cientos de puntos luminosos que adornaban su vistoso caparazón iban agrandándose prodigiosamente conforme la aeronave se acercaba decidida a tomar tierra. Dentro del avión, el pasaje se mantenía expectante después de un vuelo breve, pero plagado de turbulencias. Los afortunados que contaban con una ventanilla al lado contemplaban admirados el magnífico espectáculo de sobrevolar de noche la isla, mientras los demás, callados, parecían respetar el privilegiado momento o, simplemente, cansados al final de la jornada, aguardaban un feliz aterrizaje.

Simonetta Brey miraba a través del cristal con cierta desconfianza. Por suerte, el asiento de al lado no se había ocupado y esa simple circunstancia le había hecho sentirse relajada durante el trayecto. Sin embargo, sabía que aquella tranquilidad iba a ser pasajera. El pedazo de tierra que la esperaba iba a proporcionarle una nueva oportunidad, pero no todas las oportunidades son igual de prometedoras, y temía que la mala suerte que la había perseguido en los últimos tiempos siguiera acechándola en su nuevo destino. Al fin y al cabo, desde allá arriba y en medio de la noche, la isla parecía más una cárcel que el lugar idílico que le habían vendido.

La inercia del frenado del avión al alcanzar la pista le liberó del ensimismamiento y del viento helado que la recibió, sorprendiéndola nada más salir al exterior. «Es la *tramuntana*», comentaba la gente, que se abrigaba el cuello mientras descendía por la escalerilla. A esas alturas del

año, la mayoría de los pasajeros eran autóctonos; muchos de ellos estaban de vuelta de haber pasado el día en Barcelona por cuestiones médicas. En la cinta de recogida de equipajes quedaron cuatro gatos y en la zona de llegadas un chico mulato, trajeado y de cuerpo imponente la estaba esperando: «Dra. Brey», anunciaba el cartel que portaba. «Esa soy yo. La cosa empieza bien», pensó Simonetta con una media sonrisa que ahuyentó los nubarrones que la acosaban.

Nada más acomodarse en el automóvil, el conductor, muy bien perfumado, le hizo una pregunta protocolaria para tantear si le apetecía hablar. Al constatar una respuesta de cortesía, se calló de forma educada y subió un poco el volumen de la radio para que la música se adueñara del espacio y evitara la incomodidad del silencio entre dos extraños.

A partir de ese momento, Simonetta se dejó llevar por una sucesión de melodías de *bossa nova*, a cada cual más sugerente, mientras pensaba con ironía si no se habría equivocado de vuelo y, en vez del Mediterráneo, hubieran sobrevolado el Atlántico y aterrizado en Brasil. No le importaba. Que la llevaran donde quisieran mientras continuara esa música tan seductora.

–Ya hemos llegado –anunció el chófer a la vez que aparcaba en una calle pobremente alumbrada.

Era noche de luna nueva y, durante el recorrido de apenas una hora, Simonetta no había podido vislumbrar ni un palmo del paisaje; tan solo recordaba haberse sorprendido al ver un molino de viento entre las casas de una de las poblaciones por las que habían pasado. El joven descargó el equipaje y quiso esperar a que alguien con quien Simonetta había quedado llegara. No quería dejarla sola a esas horas en un lugar tan solitario.

–No se preocupe; se lo agradezco, pero no hace falta. Ahora mismo aviso y vienen. Váyase tranquilo, de verdad.

Aunque el viaje estaba pagado de antemano, Simone-tta le dio una buena propina y el chófer se despidió. Cuando dejó de oír el ruido del motor percibió de pronto un extraño sonido que la inquietó. Era el arrullo del mar, cercano e invisible. Las olas iban y venían con una cadencia serena y poderosa, magnificada por la fuerza de la tramontana y por el rotundo silencio de la noche. Su presencia era real; sin embargo, con la escasa luz de las farolas, era casi imposible saber de dónde procedía aquel sonido, cuál era la dirección correcta que seguir para encontrarse con él frente a frente.

Había mirado la casa de refilón, pero al contemplarla con más detenimiento buscó el número de la calle, que aparecía en un pequeño azulejo en la tapia baja que la rodeaba, porque no se creía que aquella preciosa vivienda fuera a convertirse en su nuevo hogar. Pero no, el atractivo chófer no se había equivocado. Rápidamente localizó el móvil de entre todos los bártulos que llevaba en el bolso y marcó el número del casero mientras cruzaba los dedos para que ni la trabajadora social de la prisión, ni la empleada de la agencia de viajes o incluso ella misma se hubieran confundido en alguna cifra y nadie contestara a su llamada.

–¿Sí? –se oyó al otro lado de la línea.

–Buenas noches. Soy Simonetta Brey, la nueva inquilina de la casa. Acabo de llegar, le estoy esperando.

–¡Ah, sí! La médico, ¿no?

A pesar de que su amiga Marisa, la filóloga, le había confirmado que «médica» era un término correcto, a Simone-tta no le acababa de agradar. Prefería que la llamasen doctora si la ocasión así lo requería. Y aquella era una ocasión en la que su profesión la había ayudado a encontrar alojamiento en la isla, un lujo para todo aquel que llegara de fuera a trabajar, ya que la mayoría de las viviendas estaban destinadas a alquiler vacacional. Mila, la trabajadora social que le había gestionado todo lo referente al

viaje y a su estancia, le había comentado que, por suerte, algunos de los dueños de ese tipo de viviendas preferían inquilinos estables, «gente de fiar». Y el propietario de su alojamiento, por lo visto, pertenecía a ese grupo.

«¿Gente de fiar?, ¿estás segura de que yo soy de fiar? ¿Y si se entera de dónde vengo?», le había preguntado Simonetta entre bromas y veras.

«No se va a enterar nadie de dónde vienes, eso dalo por supuesto. En cuanto a lo de fiar... no sé yo...», contestó Mila con ironía.

–Sí, soy la doctora Brey.

–Espere un segundo, que ahora mismo bajo.

Al segundo no, pero no habrían pasado más de cinco o seis cuando oyó que se abría la puerta de una de las casitas del otro lado de la calle. Apareció un hombre enjuto, de edad indefinida, con barba descuidada y pelo alborotado. A pesar de la baja temperatura salió con la ropa de estar por casa, con una camiseta grisácea de manga larga, un viejo vaquero y unas abarcas sin calcetines. Parecía darle igual.

–Pau Martí –le dijo tendiéndole la mano.

–Simonetta Brey, encantada.

Ella supuso que se trataba de un trabajador. Su saludo era firme y la piel de la mano algo basta. Olía a humo, e instintivamente volvió la vista hacia su casa, como para asegurarse de que la chimenea estaba funcionando.

–Le he molestado al presentarme a semejante hora.

–No se preocupe, las cosas son así –le respondió el hombre sin más después de abrir la puerta. No permitió que Simonetta cargara con ninguna de las maletas y entraron en la vivienda. Al encender la luz, quedó sorprendida por lo bien decorada que se encontraba la estancia.

–Qué casa tan bonita.

–Está recién pintada y los muebles también son nuevos.

–Está muy bien, tiene usted muy buen gusto –no pudo evitar comentar mientras ojeaba todas las estancias. El hombre sonrió.

–No es mérito mío. Una amiga que tiene una tienda se ha encargado de todo. Yo solo de pagar.

Con una buena iluminación, el casero ganaba algo. Parecía bastante más joven de lo que en un principio ella había creído; era probable que tuviera tan solo unos años más que ella y lucía unos hermosos ojos azules en medio de aquella maraña de cabellos y piel curtida.

–¿El coche está en la calle? –le preguntó Simonetta. El contrato de alquiler de la casa incluía un automóvil, imprescindible para desplazarse por la isla.

–No, está en la cochera. Ahora se lo enseño.

Salieron de la casa y entraron en un cuartucho que hacía las veces de garaje, pegado a la vivienda principal. El coche en cuestión era un Alfa Romeo rojo bastante antiguo.

–Tiene años, pero pocos kilómetros. Es de mi hermana. Lo dejó aquí cuando se fue a vivir a Palma y solo lo usa cuando viene por Navidad, así es que... todo suyo. Lo llevé al taller la semana pasada para ponerlo a punto.

Pau Martí hablaba castellano, pero con un acento menorquín tan acusado que Simonetta tenía que esforzarse por entenderle algunas palabras.

–¿Y esa moto?

–Esa moto es mía. Tuve un accidente con ella y no he vuelto a cogerla. Ahora me las apaño con otra.

–¿También está puesta a punto?

–No, habría que llevarla al taller. ¿Le interesa?

–Quizá, pero por el momento déjelo así, no quiero importunarle más.

Antes de despedirse, Martí le explicó la forma de llegar al supermercado más cercano y cómo salir a la carretera principal.

—Hasta abril aquí, en las calas, está todo cerrado. No hay nadie. En esta calle la única casa habitada durante todo el año es la mía. De vez en cuando viene algún vecino desde Barcelona un fin de semana, pero poco más. Ya se dará cuenta de lo tranquila que es la zona. Si necesita algo, llámeme sin ningún apuro, no importa el momento. Esto está muy apartado. Si no le contesto en el acto, le devolveré la llamada en cuanto pueda. Por cierto, ¿va a trabajar en Canal Salat?

—Sí, como médico de familia. Quién sabe, igual es usted paciente mío.

—Todo puede ser. Con lo poco que voy por allí, no sé ni quién es mi médico.

—Eso es una buena señal. De todas formas, si necesita algo, puede usted llamarme cuando quiera —añadió Simonetta mientras se despedía. A pesar de la primera impresión que transmitía, Pau parecía una buena persona, y el hecho de vivir tan aislada en un lugar desconocido la alentó a ser amable con él.

SIMONETTA CONSULTÓ EL reloj. Ya eran las dos de la madrugada. Estaba agotada y ni siquiera tenía hambre. Le escribió un mensaje a su madre para que, en cuanto se despertara al día siguiente, supiera que estaba sana y salva, y se metió en la cama en braga y sujetador, sin ganas siquiera de buscar un pijama.

2

LA ALARMA DEL móvil sonó cuando Simonetta estaba profundamente dormida. Despertó sin saber en qué lugar del mundo se encontraba y aún tardó unos segundos en ubicarse. Entreabrió los ojos con una terrible pereza, no ya solo por el hecho de levantarse, sino también por tener que poner en marcha un nuevo período de su vida que en realidad ella no había elegido.

Le incomodaba tener que madrugar el primer día en que disfrutaba de libertad, libertad de la auténtica, pero no le quedaba otra si quería seguir aprovechando ese preciado bien que acababa de recuperar, el que iba a permitirle llevar a cabo sus deseos, desde los más sencillos y cotidianos hasta los más elevados y sublimes. Todo dependía en buena parte de un contrato que debía firmar esa misma mañana para que su vida volviera a la maravillosa normalidad.

Había dejado la puerta del dormitorio entreabierta y a través de la rendija entraba un poco de luz. Parecía que no hacía tanto frío como de madrugada. Se puso el jersey del día anterior y salió descalza al salón. De noche no se había dado cuenta, pero la pared ubicada frente a su habitación estaba acristalada y daba a una espaciosa terraza. Se acercó, estaba amaneciendo, y lo que vio la dejó realmente impresionada. Frente a sus ojos se veía el mar, pero no el mar abierto, sino un brazo de agua que penetraba a través de las rocas y la vegetación, formando una cala. Corrió la puerta de la cristalera y una saludable brisa marina penetró en la casa, arrastrando con ella su genuino olor a yodo y a sal. La tramontana había cesado y el ruido de las olas

ya no imponía su poder, sino que mostraba su majestuosidad y calma.

Como por arte de magia, conforme la luz del día avanzaba, iban apareciendo uno tras otro los colores del cielo; del agua; de los arbustos; de las rocas, y también de las casas más alejadas, ubicadas en lo alto de una de las vertientes de la cala. Pensó que, por muy buenas que fueran aquellas vistas, sin duda la panorámica de su villa era la mejor. Desde allí se divisaban las cadenciosas idas y venidas de las olas, en ese momento dóciles, pero quién sabe si en otros amenazadoras; desde allí se alcanzaba y se dominaba el horizonte marino, sosegado e inquietante, y se disfrutaba de un idílico paisaje que solo el viejo Mediterráneo puede ofrecer.

Muy animada se duchó, se vistió, desayunó un café con galletas María y salió para montarse en el coche. La vivienda del casero estaba cerrada y todas las persianas permanecían bajadas. Tenía el jardín bien cuidado, con dos árboles, varios arbustos y, curiosamente, ningún macetero con flores, lo que a Simonetta le hizo suponer que vivía solo. Su «deformación profesional» la incitaba a catalogar, basándose en indicios, a todo aquel con quien se cruzaba. No lo podía evitar. Durante una época tuvo que hacer una «cura de catalogación» porque esa costumbre se había convertido en una auténtica obsesión que estaba afectando a su vida cotidiana.

Llegó un compañero nuevo al trabajo con el que había congeniado nada más conocerse. Procedía de otra ciudad y su estancia iba a ser pasajera, de tan solo unos meses. Llevaba una alianza en el dedo y Simonetta dio por supuesto que estaba casado. Desde el principio presintió que ella le gustaba y el interés era recíproco, pero evitó cualquier intento de coqueteo que él iniciaba porque de ninguna manera deseaba una relación a tres. Desalentado, le tiró los tejos a otra compañera y acabaron juntos. Entonces, ante su sorpresa y estupor, Simonetta se enteró de